



ANA MOGLIA

SOJOS
EXTRAÑOS
del PLATA

emecé

Ana Moglia

Ojos extraños del Plata

emecé

*Puerto de Burdeos, Aquitania, sudoeste de Francia.
Un amanecer de primavera a mediados de mayo de 1925*

Era la época de floración de la vid. El invierno, por fortuna, había sido suave.

Inés Orzábal estaba por embarcar en un buque de la naviera francesa *Compagnie Générale Transatlantique* rumbo a las tierras del Plata. La enviaban para trabajar como institutriz en la casa de los Peña, reconocidos industriales textiles argentinos. La joven sabía que esa era su única opción y entendía que ese destino, impuesto, sería el que la salvaría, según sus padres, don Tulio y doña Lena, de la hambruna que había sembrado la Gran Guerra y que se prolongaba sin permitir avizorar un futuro mejor. Su padre, siguiendo a la mujer judía de la que se había enamorado, había dejado su Argentina natal muchos años atrás, y ahora quedaba en tierra francesa despidiéndola junto a su madre. Él sabía que en septiembre ya no tendría el tiempo necesario para ocuparse de un tema que lo tenía a maltraer con respecto a Inés, porque se iniciaría la cosecha anual en el viñedo donde trabajaba durante todo el día. Le preocupaba el futuro de su hija. Una conexión con la Argentina le permitía enviarla al otro lado del océano, a esa «Argentina» de la que todos hablaban por su prosperidad. Sentía su corazón estrujado, igual que su esposa, pero algo le decía que aquel barco era la única oportunidad de brindarle esperanza a su hija. Ellos eran felices

con su trabajo en los viñedos, aunque su Inés merecía una vida próspera. Sufrirían, lo sabían; sin embargo, ambos entendían que a los hijos hay que soltarlos, encomendarlos a sus ángeles guardianes y luego cerrar el corazón para no sufrir.

Tulio recordaba cuánto lo habían apoyado sus padres en la decisión de dejar su tierra natal por amor a Lena, esa hermosa jovencita de cabellos claros que había nacido cerca del puerto, en Burdeos.

–Sea lo que fuere, no mires atrás. Nosotros estaremos bien –dijo don Tulio mientras abrazaba con fuerza a su hija.

–¡Mamá! ¡Te extrañaré tanto! –exclamó Inés, mirando a Lena con los ojos bañados en lágrimas.

–Si tu padre ha dicho que este barco es tu oportunidad, algo ha visto que el resto no pudo ver. Tienes que obedecer sus vaticinios.

–No sé si resistiré, madre.

–Tú eres fuerte. Heredaste de tu madre esa cualidad que siempre admiré de ella –agregó don Tulio, observando a Lena con algo de pudor.

–Acepta que es lo mejor, Inés. Y no mires atrás, como te pidió tu padre –aconsejó Lena con serenidad.

–Cada vez que recibamos cartas tuyas, será para nosotros la felicidad absoluta y el aliento a seguir. Ahora, debes entender que es momento de irte.

–Sí, padre.

Inés tomó la valija de color marrón que Lena le había dado y que había conservado durante un largo tiempo como un tesoro valioso. Era el recuerdo de su madre, Miriam, que la había usado cuando Lena era aún una niña de brazos, en su viaje hacia la Argentina, donde fue a buscar cobijo. Miriam se había marchado sola con su pequeña luego de que su esposo, muy joven aún, las abandonara, quizá por el miedo de

ser padre a tan corta edad. Nadie lo supo, pero ella, corajuda como pocos, había tomado la decisión de seguir adelante con su niña a como diese lugar. Así llegaron a la Argentina y así consiguió trabajo en tierras mendocinas, en la cosecha de la uva. Pasaron crudos inviernos e intensos veranos, mientras, Lena iba creciendo y convirtiéndose en una bella mujer que atraía la mirada de todos, hasta que sucedió lo inevitable: un muchachito muy apuesto se apareció en su humilde vivienda y le preguntó si le otorgaba el permiso de invitar a pasear a Lena por los viñedos. Haciéndose la desentendida, doña Miriam preguntó:

—¿Y tú quién eres, joven? Te he visto por aquí, aunque no nos hemos presentado.

—Soy Tulio Orzábal, doña Miriam. Trabajo aquí, con mi padre.

Allí comenzó, según había comentado Lena alguna vez, la historia de amor más bella que le había podido tocar en suerte.

Tiempo después, al enterarse Tulio de que doña Miriam y su hija Lena volvían a Burdeos por razones que desconocía, decidió ir tras ellas y quedarse en tierra francesa para siempre. Sentía que Lena era su amor y eso le bastó para saber cuáles serían los siguientes pasos.

Como si despertara de un sueño de forma repentina, Lena volvió a mirar la valija pequeña que la había transportado a vivencias tan queridas y que ahora su hija llevaba, otra vez, a tierras argentinas.

—Madre... ¿por qué nunca me hablaste de mi abuelo?
—preguntó Inés, sorprendiéndose ella misma por el momento en el que la había asaltado la curiosidad.

—Pues... no lo conocí, Inés. Creo que mi venida al mundo lo asustó.

–Pobre abuela Miriam... pobre de ti, mamá.

–¡No, Inés! ¡Tuve una madre que valió por todos los santos! Fui afortunada en eso. Ahora te toca a ti ser fuerte; lo llevas en tu sangre. ¡Vete, hija!

Como el mal de mar persistía en Inés, decidió ir a la cubierta a tomar un poco de aire fresco. Su cabeza era un intrincado nudo de preguntas sin respuestas. Solo miraba la inmensidad de ese mar, tan escondedor de secretos confesados en silencio. Aguardaba, como si esperase que alguna respuesta surgiera de él, le diera paz y la hiciera comprender el porqué de la decisión de sus padres. «Sé que lo hicieron por mi bien». «Sé que lo hicieron por mi bien», repetía una y otra vez.

«Acepta que es lo mejor, Inés. Y no mires atrás, como te pidió tu padre». Las voces de Tulio y de Lena la alcanzaban desde una orilla ya invisible.

–¡No! ¡No lo haré! –gritó de repente, sin darse cuenta del exabrupto.

–¿Señorita, está usted bien?! –preguntó un niño que la miraba atónito. Inés sintió tanta vergüenza que pudo percibir el calor de sus mejillas.

–¡Oh! –dijo antes de carraspear–. Sí, sí, solo pensaba en voz alta.

–La tela de su vestido, señorita –observó el pequeño, sin darle tiempo a reponerse.

–¿La tela? ¡¿Qué tiene la tela de mi vestido?! –preguntó con sorpresa mientras tocaba con sus manos la prenda que

le caía recta desde los hombros hasta la cintura y que, como la moda imponía, se había deslizado hacia la cadera.

–Es suave... como su piel.

–¿Mi piel? ¿¡Qué dices, niño?! ¡Qué sabes tú de esas cosas! ¡Ni que la hubieses tocado! –dijo Inés al borde de la ironía y aún agitada por la vergüenza que le había provocado la situación vivida minutos antes.

–No me hace falta tocar su piel, señorita.

Inés miró estupefacta a ese pequeño de ojos plumizos. Iba a reprenderlo. No obstante, otra pregunta la dejó pasmada:

–¿Viaja usted por trabajo?

–No creo que te interese saber el motivo. Eres muy pequeño para entender.

–Sus ojos son tan sinceros que hasta alguien aún menor que yo se daría cuenta de que lloran aunque no tengan lágrimas.

Inés lo miró, sorprendida ante lo que acababa de escuchar. Sin saber el motivo, sintió que no podía mentirle. Bajó la guardia y respondió:

–Me mandan contra mi voluntad a la Argentina, pero agradezco que me esperan con un trabajo. –Se dio cuenta de que le comentaba sus problemas a un niño y cortó la conversación–: Ve a jugar, no tienes edad para entender estas cosas.

–Acabo de cumplir diez.

–¡Claro! ¡Eres un adulto! –dijo Inés mientras gesticulaba también con los brazos, aunque el pequeño había hecho caso omiso de su tono burlón y la miraba de una manera extraña... Intentó pedirle disculpas, pero él habló antes de que ella lo hiciera:

–Iré a jugar porque... es cierto, soy un niño, solo quiero que sepa que la comprendí, señorita. –Dio media vuelta y se perdió en la bruma que envolvía el ambiente.

Inés, un poco confundida, se volvió hacia el mar y demoró en reaccionar hasta que gritó:

–¡Niño! ¡Espera! ¿Cómo te llamas? –Nadie respondió. Inés suspiró y volvió a perder la mirada en esa inmensidad líquida.

«Yo tengo veintiuno y también quisiera ir a jugar contigo, pequeño», pensó. «Sí, eso querría... volver a jugar», dijo en voz alta. Miró otra vez en la dirección que había corrido el niño con la ilusión de reencontrarlo, aunque ya era tarde, se había esfumado.

La bruma le impedía observar con nitidez la ciudad de Buenos Aires. Desde el barco, solo divisaba la impactante silueta de las torres en punta de lo que después supo era la Basílica del Santísimo Sacramento. El día se presentaba fresco y nublado; se puso su sacón siete octavos, tomó la pequeña cartera que Lena le había confeccionado y a la que, con tanto amor, le había bordado perlitas, y se aprestó, después de muchos días en altamar, al desembarco, cerca de la costa del Retiro. Algunos viajeros le habían advertido que el cauce de ese río inconmensurable estaba dominado por extensos bancos de baja profundidad, así que los pasajeros llegarían a la costa transportados por lanchas, mientras que el equipaje arribaría por otra vía. ¡Todo era tan distinto de su puerto de Burdeos! ¡Y tan desconocido! Se sentía sola, pero cuando observaba a su alrededor y veía rostros de varones y mujeres temerosos, que desconocían el idioma o no tenían parientes ni amigos que los esperasen, valoraba el hecho de tener una familia que la aguardara y, como si fuera una bendición, con un trabajo digno para ella.

Amaba a los niños; en Burdeos, les daba clases de piano a los que vivían en su vecindad, cercana al puerto. Y, en ese amor que sentía por ellos, trataría de encontrar consuelo. Su padre, argentino, le había enseñado desde muy pequeña el español, por lo que, al menos, esa barrera no existía para ella.

Además, desde que era una niña, su curiosidad la había llevado a descubrir cosas nuevas todo el tiempo, y las lenguas de otros países la apasionaban. Había insistido a su madre para que la dejase aprender alemán con la señora Scheidemann, su profesora de piano, y Lena había accedido. «Pobre mi niña», se lamentaba a veces. «Es lo único que podemos brindarle», decía Lena a don Tulio con frecuencia.

«Sea lo que fuere, no mires atrás», repetía Inés una y otra vez antes de bajar de la lancha. Sintió sus labios fríos; era el miedo a lo desconocido, era ese río, oscuro e inmenso. Su río Garona, en Francia, era también arenoso y de color similar, aunque un poco más predecible.

Había imaginado una multitud esperando a los pasajeros. Sin embargo, unas pocas personas, tal vez parientes de los recién llegados, aguardaban el arribo de las lanchas. Esto le permitió percibir, de inmediato, la figura de un hombre de cabellos claros y piel trigueña, aunque al aproximarse notó que era más bien una piel curtida por el sol. Era muy elegante y la barba incipiente, como de dos o tres días, lo hacía más distinguido aún. Según su percepción, no sobrepasaba los cuarenta años. Dos niños estaban a su lado; casi con certeza se trataba de Isidro Peña. Él la observaba como si también hubiese tenido la convicción de que era la institutriz para sus hijos. Apenas las miradas se encontraron, sintieron al mismo tiempo que no había más dudas y comenzaron a caminar despacio hacia el encuentro.

—Sea usted bienvenida, señorita Inés —dijo el hombre, quitándose el sombrero y volviéndoselo a colocar de inmediato—. Soy Isidro Peña y estos son mis hijos Noah y Santiago. Como usted ya sabrá, soy viudo, por eso no me acompaña mujer alguna en esta ocasión.

–Gracias, señor Peña –dijo Inés, extrañada de que don Tulio omitiera un comentario sobre ese tema. Atinó a agradecer, aunque un poco afectada, no lo podía negar, por la mirada afilada de ese hombre tan refinado.

«Ojos de lince», pensó, y luego saludó a los niños.

–Yo soy Noah –dijo el más pequeño–. Tengo ocho.

–Y yo, Santiago; tengo diez. –Y esto la llevó, sin querer, al niño del barco que no había vuelto a ver.

Los percibió tristes, con la mirada apagada, aunque con modales intachables. Caminaban un paso atrás de su padre y no interrumpían ningún comentario. Los ojos de los niños eran muy claros, sin duda serían como el color de los de su madre.

«Pobrecitos, tan pequeños y sin su mamá», pensó.

–Despreocúpese de su equipaje, Inés.

–Gracias, señor Peña. –Admitió que había sido afortunada al tener una familia que la esperase de esa manera y que, además, fuera tan condescendiente.

–Por favor, Inés, dígame Isidro.

Ante este pedido se ruborizó un poco, pero se recuperó rápido. Al mismo tiempo, sintió la necesidad de acomodar su cabello. Si bien era más práctico el corte a la garzón que la última tendencia de la moda imponía, ella prefería llevar su ondulada y castaña cabellera sujeta con una hebilla en la nuca. Se dirigieron hacia un vehículo de color negro esplendoroso.

–Permítame decirle que su auto es muy elegante, señor..., perdón, Isidro –se corrigió Inés.

–Es el nuevo Ford T, acaba de salir. Este año se inauguró la primera planta de Ford de Latinoamérica, en Argentina, así que estamos de estreno, Inés –dijo mientras le abría la puerta y le ofrecía su mano para ayudarla a subir.

Partieron rumbo al exclusivo barrio de Recoleta. Fue un recorrido muy corto, aunque suficiente para que ella notase el estilo francés que predominaba en la ciudad. Comenzó a sentir nostalgia por su tierra cuando Isidro acotó:

–Llaman a esta zona «la París argentina».

Inés iba a hacer un comentario, pero una blanca y bella construcción la distrajo:

–¡Es hermosa! –exclamó, refiriéndose a la Parroquia del Pilar.

Isidro se sorprendió ante la expresión, casi de tinte adolescente.

–Sí, y además es el segundo templo más antiguo de la ciudad de Buenos Aires.

A Inés le llamó la atención su simpleza, y la observó hasta perderla de vista. Luego de unos minutos, al doblar la esquina, un gran portón de hierro forjado apareció hacia el fondo de una bocacalle. Los árboles otoñales hacían más imponente aquella fachada. Observaba azorada el ingreso; parecía sacado de los cuentos de princesas que le narraba su madre antes de dormir cuando era una niña. Intuyó que algo parecido a un palacio los asaltaría de repente, y después de recorrer el sendero algunos metros hacia el interior una construcción de dimensiones extraordinarias surgió precedida de una pequeña escalinata de mármol. Trató de entender la fachada completa de esa inmensidad y la percibió como dos mansiones unidas por un gran patio cuya puerta de ingreso era, otra vez, una obra en hierro forjado. Eran dos pisos de pura artesanía que terminaban con mansardas convexas. Isidro se apresuró a bajar para abrirle la puerta, sin permitir, de este modo, que lo hiciera el hombre que había salido solícito desde el interior de la propiedad. A Inés le gustó el gesto; le recordó las atenciones de su padre para con su mamá.

–Bienvenida, señorita Inés.

–Buen día.

–Soy Eusebio –se adelantó a decir el hombre de impecable atuendo.

Los niños bajaron corriendo a abrazarlo e Inés notó el afecto que les brindaba.

«Pobrecitos», pensó otra vez al recordar que eran huérfanos de madre. «Yo, aunque lejos, al menos la tengo viva». Al traspasar la puerta notó que ese patio central de planta ovalada estaba cubierto por un gran techo vidriado, que le brindaba una placentera luminosidad. La mayoría de las paredes de los grandes ambientes estaba revestida de madera.

–¿Qué observas con tanta atención, Inés?

–Disculpe... es que su casa es muy bella. ¡Parece un palacio!

Isidro no pudo evitar sonreír ante esa acotación.

–Las paredes... los muebles...

–El mobiliario es francés. ¡Viene de tu tierra! –agregó el dueño de casa–. De todo eso se ocupó... Consuelo. –Inés notó que Isidro había bajado la cabeza y entendió que se refería a su difunta esposa.

–Excúseme, señor Peña. No quise...

–No, está bien, está bien. Decidí dejar todo lo que ella había comprado para la casa, ese era su deseo y así quedó.

Inés permaneció en silencio, no tenía nada para decir. Sin embargo, al mirar a los niños, que la observaban silenciosos, con expresión desolada de a momentos, improvisó una escena y miró, sin darse cuenta, a Isidro en un acto reflejo de complicidad.

–¡Veo desde aquí que tienen un parque muy grande! –exclamó–. ¿Noah? ¿Santiago? ¿Me lo muestran?

–Sí, señorita –respondieron los dos al mismo tiempo.

–Mi nombre es Inés y así quisiera que me llamen, niños.

–Entonces vamos, «Inés» –dijo Noah–, más tarde se pondrá fresco.

–Con su permiso, Isidro –pidió la recién llegada, aunque le costaba esa demostración de confianza tan prematura.

–Por favor, Inés, está bien que comience a familiarizarse con mis hijos. Yo regreso más tarde; debo ir a atender unos asuntos. Eusebio ya llevó el equipaje a su habitación; luego le enseñaré cómo llegar a ella.

Inés sintió un escalofrío. Esa sería su casa a partir de ese momento; debería acostumbrarse a tanta majestuosidad, a tanta... soledad. Miró a los niños al mismo tiempo que vio al señor Peña perderse entre el mobiliario exquisito de la residencia. Su porte era de una elegancia avasalladora. «Pobre hombre, debe de ser difícil criar a dos hijos solo». Volvió en sí y miró a los pequeños, que la aguardaban en el quicio de la gran puerta que daba al jardín, y fue hacia ellos. Les tendió las manos y notó que esa muestra de afecto les había causado asombro. Al salir y mirar hacia sus flancos, una sensación de que largas cortinas de color azul violáceo la envolvían la paralizó: dos líneas de jacarandás se desplegaban a lo largo de un parque interminable.

–Esto es... ¡maravilloso! ¡Qué hermosa es vuestra morada! –exclamó Inés mientras caminaba con ellos hacia un pequeño banco de hierro–. Deben de disfrutar mucho este lugar –supuso la joven institutriz.

–No solemos venir, Inés –dijo Noah con un dejo de tristeza.

–«Señorita Inés» –corrigió Santiago.

–¡Niños! –cortó ella, poniendo paños fríos–. Les he pedido que me llamen por mi nombre, Santiago. Ahora dime, Noah, ¿por qué no suelen venir a este lugar que parece encantado?

–Porque aquí venía nuestra madre –respondió a secas Santiago, sin darle la posibilidad a Noah de responder.

Inés comprendió que algo alborotaba aún el corazón del hermano mayor. Noah era más alegre, mientras que Santiago aún renegaba de su suerte, y vaya si lo entendía: a ella todavía le costaba comprender el porqué de la decisión de sus padres de enviarla tan lejos. Pasaron un largo tiempo en ese jardín de ensueño y luego caminaron hasta llegar a una blanca y pequeña fuente. De a ratos conversaban y de a ratos Inés respetaba el silencio de los pequeños. Sería un trabajo diario el de conocerlos. Noah no le había soltado la mano desde que habían salido al parque, pero Santiago era un poco más reticente. Sería cuestión de tiempo; esos niños tenían todo menos afecto. Estaba segura de que harían un gran equipo. El sonido de una campanilla lejana los interrumpió. Era Sara, que los llamaba al almuerzo.

Una amplia mesa estaba dispuesta en un ambiente revestido de paneles con bajorrelieves, con prominencia de voluminosos remaches y cornisas de apoyo. El mantel, de un blanco impoluto, le llamó la atención por los sutiles bordados con hilos de seda, pero más se sorprendió al contar solo tres platos.

–A sus órdenes, señorita Inés. Mi nombre es Sara.

–Encantada, Sara. ¿El señor Peña no almuerza con nosotros? Digo... –se corrigió– ¿con sus hijos? –preguntó.

–No, señorita, no suele almorzar con los niños debido a sus ocupaciones –respondió la mujer con un dulce y sereno tono de voz. Su cabello era entrecano y sus ojos, de un celeste tan cristalino que llamaron la atención de la institutriz.

–Entiendo.

«Esto será difícil», pensó Inés, y los tres degustaron las delicias argentinas que Sara les ofreció.